



Año Internacional Familia

DIVORCIO: cosa de dos... o de tres

— Joaquín María García de Dios —

*Cada historia de amor es diferente.
El comienzo es único, el argumento original y el final imprevisible.
En algunos casos, el romance es duradero.
En la mayoría la pasión se transforma en lazos de cariño y amistad.
Otras veces la unión de la pareja se debilita y surgen
conflictos que
erosionan el amor y conducen al resentimiento,
la infidelidad y la separación.*

(Psiquiatra ROJAS MARCOS)

Declaración previa desde la ingenuidad

Antes de defender que divorcio es progresismo habrá que defender que hay otras muchas experiencias de pareja que son progresismo de mejor calidad y de resultados muchísimo mejores: lograr un amor estable y enriquecido, realizar el proceso de convertirse en pareja con acierto y con garantías, saber prevenir y resolver las crisis con soluciones creativas. Y, si la pareja se ha hecho inviable, es progresismo reconocer el fracaso de ambos componentes de la pareja, disolver la pareja de una manera civilizada y garantizar el menor mal (sabiendo que es un mal) a los hijos de la pareja que tiene que separarse. Nadie duda que una operación quirúrgica bien realizada es progreso: pero casi todos admiten, con sensatez, que prevenir la gangrena o lograr curarla supone un mayor progreso y una mayor creatividad.

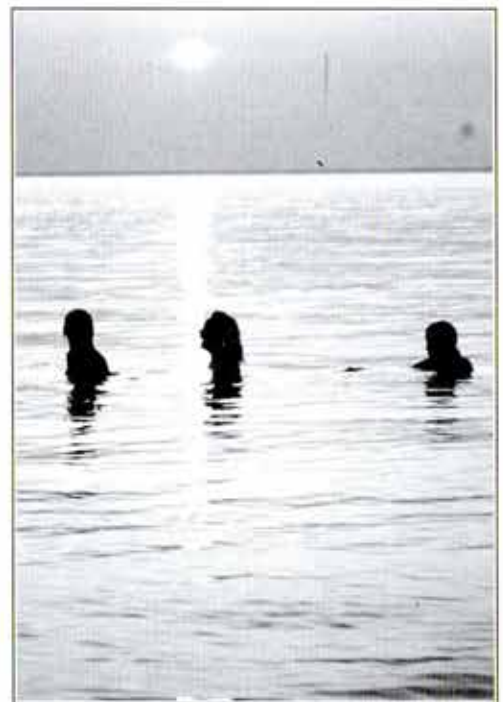
Las llamadas causas «sociales»

Un cambio de valores en la sociedad ha puesto patas arriba no pocas instituciones. Y la familia es una de las instituciones más amenazadas.

Hace unos años se predicaba como preferible "aguantar" antes que romper los vínculos familiares. Y la estructura, la dinámica y los planteamientos al uso favorecían este argumento. Y los subrayados de

una ética tradicional y de una espiritualidad sufridora y resignada más que redentora y liberadora amparaban el aguante y mantener las apariencias de pareja cuando ya no existía la realidad de la pareja.

En la sociedad actual, y en el sentido más pragmático de la frase, **en muchas familias se han perdido muchos papeles**: los de la escena familiar tradicional: la madre trabaja fuera de casa, el padre tiene que ayudar en las labores domésticas, la procreación no se presenta ni se vive como la única razón de ser de la pareja y de la familia, el hogar no es el reposo del guerrero, la educación de los hijos se bambolea entre familia, instituciones escolares y medios de comunicación social... Y la sociedad nos ha puesto delante de las narices, con una insistencia y eficacia que asombran, otro espejo en el que vemos reflejados: está de moda cambiar de pareja; y si tienes más de dos hijos eres "tercermundista"; y "sólo se vive una vez"; y "menudas ganas tengo yo de estar todo el día en casa" ...Y con esos nuevos dogmas, asumidos acriticamente y aireados con tintes de modernidad, se va formando un nuevo humus para unas nuevas experiencias: que no son más humanas, ni más imaginativas, ni más creativas... pero a las que, de una manera arbitraria y sin apelación posible, se les llama progresistas y "a vivir": que quiere decir: a justificar las quiebras, los fallos, la incapacidad,



con remoqueos de nuevas ideas, nuevas costumbres, nuevas valoraciones ...

La mujer tiene nuevas opciones: puede estudiar, puede trabajar, puede decidir los hijos, puede abortar, puede exigirle al marido que se planche él sus camisas, pueda encargarse de una pizza por teléfono en lugar de ponerse a hacer la cena, puede ir al gimnasio, puede salir sin el marido ...Pero ¿son realmente opciones o acaban, en muchos casos, siendo meras obligaciones? En su huida por no ser considerada una "Maruja" ¿cuántas de las cosas que se hacen son decisión propia y cuántas son imposiciones de las modas y los usos de una sociedad?

Las mujeres quieren una revancha por el "tiempo perdido". Pero en esa revancha ¿a cuántas cosas importantes están renunciando? Se les ha enseñado a reivindicar y, para hacerlo, a cargar las tintas en lo negativo: "¡Buenas ganas tengo yo

de estar todo el día cambiando pañales!" y "¡Buenas ganas tengo yo de aguantar a este tío que es un pelma!". Pero se les ha ocultado lo que perdían en esa lucha encarnizada. Nadie les ha dicho cómo hacer del cambio de pañales una actividad creativa y significativa. Y nadie les ha explicado de "muchos de los tíos se convierten en pelmas un poquito después de que algunas de ellas también se han convertido en pelmas difícilmente soportables". En cambio se le exige ser una profesional competente. Una madre perfecta. Una esposa perfecta. Y, claro, no se puede ser superwoman las veinticuatro horas del día. De modo que las cuerdas se rompen y la mujer se tira en picado al "borrón y cuenta nueva".

Pero si la mujer se siente desconcertada, **no pocos maridos se sienten desplazados, despojados y permanentemente amenazados.** Les han educado para ser "machos" en todas las acepciones de la palabra y se encuentran con que tienen que hacer "labores de mujer. Les han educado para ser "el rey" en la sociedad y se encuentran con que la mujer no sólo les pisa los talones sino que les rebasa y les lleva la delantera. En su fantasía siguen alimentando, con sordina pero viva, el modelo de mujer dedicada al hogar, pero les están diciendo que admire a la mujer competitiva y triunfadora. Ellos, que nunca jugaron a las muñecas, resulta que tienen que cambiar los pañales a sus hijos. Y encima ya no vale eso de "tener una mujer que le aguante y buscarse la vida por otro lado". Ni cuela eso de que "yo ya hago bastante con traer el dinero a casa". Pero, para cuando se han dado cuenta, ya les han puesto de patitas en la calle o simplemente ellos mismos, hartos de tanta exigencia, "han tomado las de Villadiego", que de ambas formas comienzan a pocos divorcios.

Las llamadas causas «psicológicas»

Una de las más importantes y hasta frecuentes es la de **haber confundido el amor con el enamoramiento:** "Me casé con un señor alto, guapo, inteligente, cariñoso y que me volvía loca y resulta que ahora, mirándolo bien es bajo, feo, tonto, gruñón y me deja fría".

Y emparentada con esta causa tantas veces camuflada está el **desconocimiento del arte de amar:** el no haber descubierto que el amor es un arte, que tiene una disciplina en la que los detalles de cada día tienen su significado, la comunicación es síntoma y logro y motivación para nuevos encuentros amorosos, la complicidad es una experiencia de intimidad compartida y exclusiva... Y que las prisas que-

man, agotan y aridecen las experiencias de amor y lo convierten en un consumo de quita y pon donde las personas ya no cuentan y sólo sirven para un efímero intercambio de uso (y, supongo, de abuso).

Y el ansia, o la necesidad, o la urgencia de **dominar a la pareja.** No pocas veces el éxtasis del enamoramiento deja paso al afán de convertir al otro en el objetivo de unas permanentes, cambiantes y apremiantes expectativas. Y lo que antes era objeto de admiración ahora lo es de irritación: "¿A dónde vas con esa pinta?" "¿Piensas pasarte todo el día escuchando música? ¡Eres un rollazo!".

La pasión se ve sustituida por una conducta posesiva, por una necesidad de fagocitar a la pareja. Y surgen los controles, los interrogatorios. Y, en definitiva, los celos.

Y por la otra ladera, **la rutina, el aburrimiento.** Sobre todo para aquellas parejas en las que se conibió el casarse como una meta, como un fin. Y logrado el fin, se cortaron las alas y se replegaron a vivir realizando rutinariamente el patrón social del medio en el que viven.

En otros no era un fin: pero la pereza de ejercitar su imaginación o el pensar que la felicidad del matrimonio se produce como un ex opere operato, como por arte de magia, les lleva al desencanto y a la incomunicación.

Un **cambio de equilibrio en la pareja** también puede dar al traste con el amor. Uno de los dos crece y crece y el otro se estanca. Uno tiende a la destrucción (alcohol, droga...). Aparecen rasgos neuróticos que sólo se hacen evidentes después de algún tiempo de convivencia y que interfieren en el proceso del amor (narcisismos, depresión, paranoia). Las confrontaciones que nos deparan situaciones adversas (enfermedades, pérdida de un ser querido, quiebra económica, paro inesperado o continuado) llevan a situaciones límite. La envidia profesional: cuando la mujer ocupa un puesto de mayor responsabilidad y con más sueldo que el marido. Cuando el ritmo en el nacimiento de los hijos, o las preferencias o rechazos de uno de los padres con alguno de los hijos altera la dinámica de la pareja, haciendo que uno de los dos se sienta excluido o postergado.

Y el **resentimiento** provocado por humillaciones físicas o psicológicas amargas y continuadas.

Las llamadas causas «químicas»

La pérdida de la atracción física. Últimamente se ha descubierto que el amor posee un sustrato fundamentalmente bio-

químico —la serotonina— que actúa en el cerebro. La pérdida o falta de esta sustancia está en relación directa con la ausencia de pasión. Y ese condicionamiento biofísico acaba convirtiendo a la pareja en seres extraños.

Y a menudo, uno de los miembros de la pareja, intenta compensarlo con la **infidelidad** que aparece con demasiada frecuencia como la causa última y determinante de la ruptura del matrimonio.

Las causas llamadas «legales»

Las presento sólo como un muestrario, como un índice de las que suelen aparecer en los procesos de separación y en las sentencias que la ratifican.

Estas causas se enumeran así:

√ El abandono del hogar. La infidelidad conyugal. La conducta injuriosa o vejatoria. Cualquier violación grave o reiterada de los deberes conyugales. Cualquier violación grave o reiterada de los deberes respecto a los hijos. La condena, por sentencia firme, de uno de los cónyuges a pena de privación de libertad por tiempo superior a seis años.

√ El alcoholismo, la toxicomanía o las perturbaciones mentales. El cese efectivo de la convivencia conyugal o la separación de hecho de los cónyuges. La separación hecha y mantenida de mutuo acuerdo.

√ Claro que las causas legales son, en realidad, los motivos que se esgrimen ante un tribunal: y no tanto las que explican el proceso de deterioro y separación progresiva de los miembros de la pareja.

En términos legales el divorcio supone, a nivel civil, una ruptura del vínculo matrimonial. En términos canónicos la nulidad supone una declaración de que nunca existió el vínculo por vicios de forma, por razón de incapacidad de los contrayentes, por falta de conocimiento del compromiso asumido, por ausencia de voluntad de contraer o por simulación.

Por supuesto que las falacias y falsos testimonios para lograr una nulidad, aunque se logre el objetivo documental o legal, nunca logra que el protagonista del fraude se autoengañe y, por supuesto, le pone en contradicción con las creencias que dice tener al apelar a la declaración de nulidad.

El papel de la educación

La insistencia (casi la exclusividad) que fuerza a que la educación se centre en la formación académica, en el aprendizaje más o menos magnetofónico de las asignaturas tiene no poco que ver con la madurez o inmadurez de las personas que se encaminan a formar, decidir y

comprometerse a vivir en pareja.

La confluencia y la especial incidencia de los medios de comunicación no están contribuyendo precisamente a madurar a las personas para que logren parejas estables y que merezcan la pena. Venden separaciones, adulterios, cambios de pareja, justificaciones de los fracasos, racionalizaciones y presupuestos antropológicos para que se vea como lo normal lo frecuente y como frecuente lo contradictorio a los compromisos iniciales. Muchos de los televidentes están esperando que su vida sea una película en la que siempre ocurren aventuras excitantes y no logran comprender por qué su vida no acaba de parecerse a la de las películas.

Uno de los errores más frecuentes es el de buscar la felicidad personal utilizando a la pareja en beneficio propio. Será para que el otro me comprenda o me dé placer. Sea para que el otro me dé el hijo que yo quiero tener.

Por supuesto que la educación para vivir en pareja no va a resolver los problemas de todas las parejas. Pero una buena educación para vivir en pareja puede evitar muchísimos errores y brindar recursos a la hora de enfrentarse con los problemas reales.

La decisión de separarse

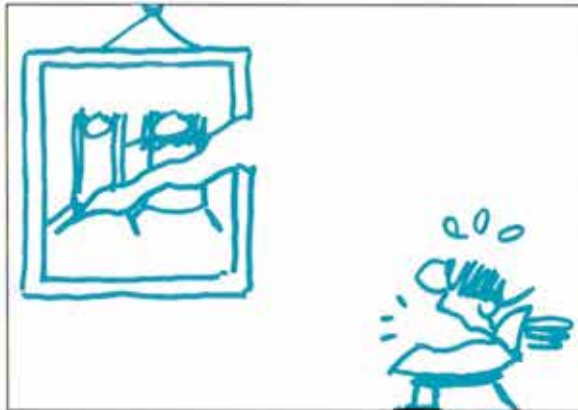
A veces la decisión de separarse se postpone hasta que el deterioro de la pareja es realmente grave y ya ha hecho mella en las personas de los cónyuges y en los hijos que conviven con ellos. Por una creencia, probablemente falsa, de que lo mejor es aguantar a toda costa. O por el miedo a la reacción de los padres respectivos. O por el miedo a perder un status social o una situación económica concreta.

Otras veces se toma la decisión precipitadamente a causa de una infidelidad flagrante.

Y en no pocas ocasiones hay varias rupturas y reconciliaciones previas (¡a veces hasta con un nuevo hijo de por medio!).

En todo caso se trata de una decisión muy dura y dolorosa y que no sólo afecta a la pareja, sino que produce graves daños en la persona de los interesados. Como dice Freud "Cuando una relación amorosa se rompe, no es extraño ver surgir el odio en su lugar, circunstancia que nos da la impresión de una transformación en odio del amor".

Los cónyuges se sienten culpables del



fracaso. Humillados. Engañados. Burlados y estafados por la vida. Y esto da lugar a estados depresivos que se manifiestan en dolencias concretas o en un malestar generalizado que afecta a todos los ámbitos de la vida personal.

A esto hay que añadir una merma en los ingresos (en muchos casos muy considerable) y, sobre todo, una gran impotencia para hacer frente a una situación nueva, que se les escapa de las manos y que les desborda.

A una pareja en trance de separación se les pide que actúen con serenidad en un momento en que el mundo se les viene encima; y que tengan en cuenta los intereses de los hijos cuando se sienten tan miserables que sólo aciertan a mirarse reiteradamente el ombligo; y que no hablen mal del otro delante de los niños cuando están tan heridos que las heridas y la sangre que manan; y que miren hacia adelante cuando la mente se aferra al pasado y se pasa las horas buscando, sin esperanza, los porqués.

En muchos casos el rencor y el odio son tan grandes que provocan conductas impulsivas encaminadas a la destrucción física o moral del contrario y de su entorno. Y en no pocos casos la confusión conlleva la incapacitación para enfrentarse con el problema.

Los otros implicados

El matrimonio es algo entre dos. Lo deciden única y exclusivamente los contratantes. (Aunque tener en cuenta el entorno es sensato por las repercusiones de amparo o de amenaza que puede llegar a tener).

Sin embargo en la separación se ven implicadas una serie de personas más o menos allegadas a la pareja.

En primer lugar son los hijos los que más sufren las consecuencias de la ruptura. Y esto acrecienta el sufrimiento de los propios padres quienes, al verlos sufrir, se sienten más culpables e impotentes.

También están los padres de los cónyuges que sufren un fuerte impacto y sienten

COMO EXPLICARSELO A LOS NIÑOS

(Antología de afirmaciones extractada del libro de Peter Mayle citado al final)

"Lo primero que has de entender es que no eres un tipo raro si eso ocurre en tu familia. Tus padres no son unos monstruos. La tuya es una familia poco corriente. Simplemente, has tenido mala suerte".

"No debes cometer el error de pensar que tus padres no te quieren por el hecho de haberse divorciado. No pienses que todo es culpa tuya, porque nunca es así. Y no eches la culpa a uno sólo de tus padres, porque cuando dos personas se divorcian siempre es asunto de los dos".

"Lo que encuentras agradable y divertido cuando quieres a una persona, puede volverte loco cuando ya no la quieres. Y ésa es la razón del divorcio: la falta de amor".

"Se supone que los adultos han sufrido ya muchos cambios en el momento de casarse. Pero la verdad es que la gente, por vieja que sea, sigue cambiando. Todos nosotros cambiamos durante toda la vida. Y es aquí donde pueden empezar los problemas".

"Con el tiempo descubrirás que vivir con un padre o un a madre más o menos feliz es mejor que vivir con dos padres desgraciados".

"No hay ningún remedio mágico para animarte en un instante. Pero estar enfadado contigo mismo sólo servirá para que te sientas más desgraciado, y eso hará aún más desgraciados a tu padre y a tu madre".

"Recuerda que tu madre te adora. Recuerda que tu padre te quiere muchísimo. Y recuerda también que las desgracias son algo pasajero".

"Tu madre tendrá su modo de hacer las cosas. Tu padre el suyo. Tú podrás elegir lo mejor de ambos".

una gran confusión. Quieren ofrecer apoyo a ese hijo o hija que les llegan con un problema y al mismo tiempo, al menos en una primera instancia, desean la reconciliación. En un momento se compadecen de él o de ella y al instante siguiente se lo reprochan.

Ellos mismos se culpan de los errores cometidos en la educación de los hijos: "¿Qué hemos hecho mal? ¿En qué habremos fallado?"

Y muchos no entienden eso de que su hijo se separa por diferencias de carácter o, simplemente, para realizarse y ser más feliz. Les parece una falta de responsabilidad y de madurez, fruto de una época en la que "nadie está por la labor de aguantar y en la que todo el mundo va a lo suyo". Además su ejemplo lo consideran perjudicial para los otros hermanos.

Los hermanos generalmente se muestran solidarios, pero en algunos casos se sienten utilizados porque se les incluyen en un conflicto en el que ellos no participan, obligándoseles a tomar partido y a vivir la separación del hermano como algo propio. Algunos se inquietan por los efectos que esto pueda causar en su propio matrimonio y por la sensación de inseguridad que se los puede crear a sus propios hijos. "¡Vosotros no os vais a separar como los tíos!"

También los amigos se ven invitados a tomar partido. Esto, en muchos casos, produce un desgaste o alejamiento en esas mismas relaciones de amistad. Los amigos se sienten como una pelota de ping-pong y la pareja rota a veces se sienten traicionada por no tener cada uno de ellos la exclusiva de la amistad.

En ciertos ambientes sociales o laborales al separado se le mira con recelo, lo cual contribuye a un mayor hundimiento de su moral.

El papel del abogado

Juega un papel preponderante: asesor y consejero de una parte y adversario de la otra. Algunos, llevados por su afán profesional, consiguen, con sus elevadas pretensiones, encarnizar todavía más los ánimos de la pareja rota que, a partir de sus consejos, empiezan a funcionar como enemigos irreconciliables.

Otros, por el contrario, tienen que convencer a su cliente de que la negativa a algunas de sus pretensiones de dañar a la parte contraria es por su bien, por evitar que el otro le devuelva el boomerang.

La relación con el abogado debe estar basada en la confianza mutua y, por tanto, en un diálogo sincero por ambas partes. Pero eso no siempre resulta fácil a los interesados que, ofuscados por sus pretensiones, inventan, exageran, ocultan o alte-

ran los hechos. Como dice el abogado matrimonialista Luis Zarraluqui: "El cliente quiere hacer del abogado un beligerante a título personal. Pretende que el letrado sienta, por sí, animosidad hacia el contrario. Y para ello no duda en buscar el enfrentamiento con él".

En la batalla legal casi siempre aparece alguno de estos cuatro temas conflictivos: la custodia de los hijos; la adjudicación del domicilio familiar; la liquidación de la sociedad de gananciales y futuro régimen económico; y la visita y encuentro con los hijos y sus circunstancias.

La utilización de los hijos

Desgraciadamente en dichas batallas los hijos muchos veces se ven utilizados, a veces inconscientemente, por los padres, bien para hacer daño al contrario, bien para sacar más provecho económico.

Y no pocas veces, conseguida la victoria en la custodia, el bien de la prole se convierte en una carga. Pronto el mes de vacaciones que tienen que pasar con uno de ellos queda reducido a quince días. Y "este fin de semana no voy a poder llevarmelos...". Y la pareja, que al principio reclamaba tiempo de hijos, de repente empieza a exigir al otro que cumpla con sus tiempos. Sobre todo cuando en la vida de alguno de ellos aparece una nueva pareja y un nuevo ritmo de vida.

La recuperación del trauma

Generalmente la custodia de los hijos, sobre todo cuando son muy pequeños, se le otorga a la mujer. Ello le ayuda a organizarse y mantenerse ocupada, a la vez que le sirve de aliciente y consuelo en los primeros momentos.

Pero pronto se sentirá abrumada por la responsabilidad. Además de la casa y de los hijos ahora tiene que ocuparse de otras múltiples funciones que antes compartía con su marido: llevar la administración de la casa, el coche al taller, acudir a las reuniones de la comunidad de vecinos, invertir el dinero... Siente que su "ex" se lleva la mejor parte: no tiene que ayudar a los niños en sus deberes, ni levantarse por la noche si están enfermos, ni tiene que regañarles. Únicamente disfrutar de ellos los fines de semana que le tocan y en las vacaciones.

Por su parte el padre se siente desposeído de lo que más le importa: sus hijos. Se siente excluido de los acontecimientos diarios que dan sentido a su vida: los primeros pasos del hijo, los triunfos escolares, el primer amor... Su papel queda reducido al de mero proveedor de su manutención. Y luego está la organización de una nueva casa. Se siente absolutamente

desbordado. Ahora se da cuenta de la cantidad de cosas que hasta este momento parecía que se hacían solas: comida, lavado, planchado, las cosas a punto ...

Cuando algunos de los dos cónyuges se va a vivir con una nueva pareja, aumentan los problemas. El que permanece sólo se siente amenazado ante la idea de que sus hijos compartan sus vidas con ese hombre esa mujer, máxime si fue el causante de la ruptura. Tampoco es fácil para la nueva pareja ganarse la confianza de los niños, que están pasando en ese momento por un trance bien difícil. Y no digamos en el caso de que ambos aporten hijos de matrimonios anteriores, juntándose los "míos", los "tuyos" y los "nuestros".

Este primer estadio de confusión, tristeza y aislamiento es, casi siempre, superado. Y al cabo de cierto tiempo surge el renacimiento de la esperanza y la autoestima.

En muchos casos la mujer que antes no trabajaba y ahora sí, encuentra nuevas satisfacciones en su trabajo.

Algunos padres, al tener menos tiempo de estar con sus hijos, aprenden a disfrutar más de ellos y mejorarla calidad de sus relaciones. Incluso parejas que se llevaban a matar, al convertirse en "ex" empiezan a llevarse suficientemente bien.

En todo caso, la superación de un trauma tan fuerte supone un crecimiento para la persona.

—Y PARA SABER MÁS—

5 artículos Revista Padres y Maestros:

- nº70: *Los hijos del divorcio: Nuevo diccionario familiar.*
- nº91-92: *Experiencias terapéuticas con hijos de padres divorciados.*
- nº 93-94: *Hay un padre que se va.*
- nº 95-96: *Divorcio: problemas de relación y ayuda terapéutica.*
- nº 141-42: *Nuestra pareja entra en crisis: síntomas de la crisis de una pareja.*

5 libros editados en español:

- ISAACS, Marla B: *Divorcio difícil: terapia para los hijos y la familia.* Buenos Aires. Amorrortu. 1986.
- MAYLE, Peter: *El divorcio: algo que puede suceder a la gente más encantadora.* Barcelona. Grijalbo. 1982.
- ROJAS MARCOS, Luis: *La pareja rota. Familia, crisis y separación.* Espasa hoy. Madrid. 1994.
- VALLEJO-NAGERA, Alejandra: *Hijos de padres separados. Consejos para recuperar la armonía y el respeto ante un nuevo futuro.* Ed. Temas de hoy. Madrid. 1993.
- ZARRALUQUI, Luis: *Ante la separación y el divorcio.*